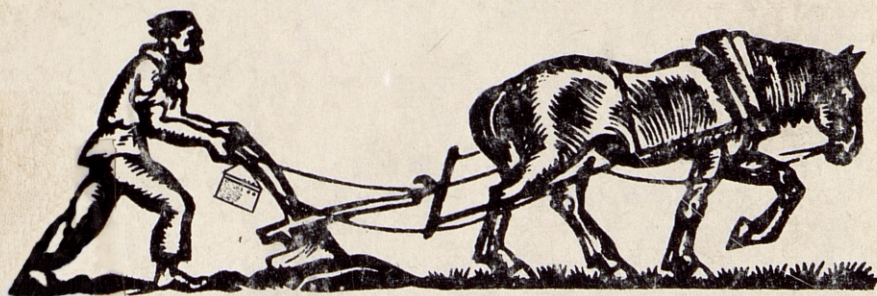


Las Sociedades Rurales Hoy

Jorge Zepeda Patterson, editor



EL COLEGIO DE MICHOACAN
CONACYT

Las Sociedades Rurales Hoy

Jorge Zepeda Patterson, editor



EL COLEGIO DE MICHOACÁN



CONACYT

INDICE

Presentación	11
Los estudios sobre el campo en México <i>Jorge Zepeda</i>	15
I. La sociedad rural a fines de siglo	49
Lugares comunes acerca de lo rural <i>Luis González</i>	51
El agro mexicano: viejas y nuevas polémicas <i>Alejandro Canales</i>	63
Cambios tecnológicos, dependencia y transformaciones de la sociedad rural <i>David Barkin</i>	83
Los campesinos: heterogeneidad y homogeneidad social <i>Sergio Zendejas</i>	101
El lugar de lo rural <i>Francisco Moreno</i>	113
II. El Estado y el campo	127
El financiamiento del sector agropecuario en México <i>John Heath</i>	129
La política económica reciente y la agricultura <i>Antonio Martín del Campo</i>	143
El papel del estado en la comercialización de granos básicos <i>Kirsten Appendini</i>	197
El leviatán rural y la nueva sociabilidad política <i>Gustavo Gordillo</i>	223

El problema de la tenencia de la tierra en México. ¿Mito o realidad? <i>Luisa Paré</i>	255
El Estado y los campesinos <i>Arturo Warman</i>	267
III. Alternativas de sobrevivencia	271
Los campesinos y la cuestión ecológica <i>Víctor M. Toledo</i>	273
La migración a Estados Unidos. ¿Estrategia de sobrevivencia? <i>Gustavo López</i>	287
El papel de la mujer en el campo: nuevas estrategias <i>Sara M. Lara</i>	297
Identidad cultural y sobrevivencia campesina <i>Marta Turok</i>	307
La cuestionabilidad de las estrategias <i>Luisa Paré</i>	317
Vivir y sobrevivir <i>Gustavo Esteva</i>	321
IV. Las organizaciones de productores. ¿Núcleos de contrapoder?	329
Campesinado y sistema alimentario <i>Ursula Oswald</i>	331
Los productores rurales. Su proceso de organización superior en occidente <i>Javier Gil, Evelyn Siquin y Ma. Teresa Fernández</i>	343
La organización regional de los productores rurales en las huastecas <i>Agustín Avila</i>	359
Límites y posibilidades de la organización económica de los productores del sureste <i>Eric Villanueva Mukul</i>	375
¿Núcleos de contrapoder? <i>Miguel Hernández</i>	387
V. El protagonismo de la sociedad rural: viejos y nuevos actores	391
Los empresarios agrícolas, un grupo en consolidación <i>Hubert Carton de Grammont</i>	393
Jornaleros agrícolas y sus organizaciones: notas para buscar un camino <i>Enrique Astorga Lira</i>	411

Movimiento campesino: flujos y reflujos frente a la crisis <i>Beatriz Canabal</i>	431
Los procesos electorales como alternativa para la disidencia rural <i>Adriana López Monjardín</i>	449
Crisis y actualización del intermediarismo político <i>Fernando Salmerón</i>	465
Nuevos y viejos sujetos sociales en el agro mexicano <i>Guillermo de la Peña</i>	481
Los proyectos de la sociedad rural <i>Armando Bartra</i>	487
VI. El futuro del campo en México	491
Por una economía de guerra <i>David Barkin</i>	493
Un proyecto de país <i>Ursula Oswald</i>	497
Predicciones sombrías <i>Edmundo Flores</i>	507
Para construir el leviatán rural <i>Gustavo Gordillo</i>	511
Inventando el futuro <i>Armando Bartra</i>	523
Bibliografía general	529

I

LA SOCIEDAD RURAL A FINES DE SIGLO

Lugares comunes acerca de lo rural

Luis González

El Colegio de Michoacán, el instituto que reúne por novena vez en nueve años de vida a una distinguida parte de la sabiduría mexicana para conversar con ella sobre diversos tópicos de subido interés, reconoce su obsesión agrarista; su preferencia por los temas rurales. Del presidente para abajo, los miembros de esta casa, tanto profesores como alumnos, hemos ido alguna vez de camping para observar la vida del campo. De nuestras salidas campestres han resultado no menos de una docena de libros profesorales y otra de tesis de alumnos que tratan de la mitad agraria, campesina o rústica de la nación que hasta los científicos mientan con tres racimos de voces muy antiguas y manoseadas en los países hispanohablantes.

Si ustedes consultan, como lo hice yo, el *Diccionario etimológico de la lengua castellana* del monstruoso erudito Joan Corominas, verán que el antiquísimo término agro, oriundo del latín *ager, agri*, y padre de agrícola, agricultor, agricultura, agronomía, agronometría, agrimensura, agropecuario, agrología y agrarismo está emparentado con la palabra campo, que ya tiene mil años de estar en boca de muchos, que proviene del latín *campus* y que en aquel idioma designaba a una llanura o terreno extenso fuera de poblado. De este segundo término designante de lo rural se derivan campaña, campero, campesino, campeador, campestre, campiña y aun escampar. No menos viejo, popular y prolífico es el término rústico, procedente del latín *rusticus*, que era como se le decía en el mundo romano al campesino. De rústico se deriva rustiquez, rusticidad y el término rural,

que comienza a usarse en el antirústico y anticampesino siglo de las luces y que es la palabra clave de este coloquio.

Lo rural tan mentado desde hace tantos siglos con tantas voces ha instaurado una caudalosa literatura, que en su etapa precientífica hizo descripciones, alabanzas y bromas y en este momento científico ha tratado de responder al por qué de la vida rústica y sus problemas, ha querido definir la parte más obvia y golpeada de los países del tercer mundo. En nuestra patria tercermundista han traspuesto las puertas al campo numerosos hombres de ciencia (politólogos, antropólogos, sociólogos y economistas) y de humanistas (escritores, historiadores y oradores). El agro se ha convertido en la obsesión mayúscula de los cultos de México desde hace media centuria, desde que el general Lázaro Cárdenas sacudió nuestras aguas rurales con el tridente del agrarismo. Con todo, lo agrarista de la intelectualidad mexicana viene de muy atrás. Uno de los abuelos indios, el dulce rey Nezahualcóyotl cantó a las flores silvestres. Uno de los abuelos españoles, Fray Antonio de Guevara, nos legó el *Libro llamado menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Uno de nuestros padres neoespañoles, el poeta latino Rafael Landívar, compuso el famoso poema *Rusticatio Mexicana*.

Los aspectos rurales de nuestro país han sido asunto de miles de volúmenes, artículos y piezas oratorias. La lectura de los millones de páginas que aspiran a desentrañar lo complejo del agro mexicano requiere de, por lo menos, dos o tres vidas humanas. Ante la imposibilidad de leer todo lo escrito acerca de nuestras sociedades rurales, escribo esto en base a mis excursiones campestres, aunque sólo sean a la zona noroccidental de Michoacán. Me propongo ofrecer una mínima imagen global del universo rústico, campestre o agrario, con muy poca apoyatura en libros y mucha en observaciones personales. Por lo demás, es un ensayo impresionista que deliberadamente huye de la jerga usada por las ciencias sistemáticas del hombre y que no pretende sacar generalidades de validez científica.

Desde mi divisadero de sabio ignorante columbro la existencia rústica como si fuese un polígono con seis fachadas que han recibido los nombres de vida al natural, economía agrícola, tenencia de la tierra, familia grande, pequeña política y sabiduría campesina. En cada una de las facetas noto tres zonas o franjas. En la parte superior de cada lado distingo un tinte verde tierno, un tono infantil y adolescente; en la parte media, las coloraciones adultas o doradas de cada careta rural, y abajo, la franja gris de

la senectud. Esto quiere decir que mi circunvalación del polígono hexagonal de lo rústico correrá por tres niveles.

El aspecto ecológico de la vida al natural propia de los rústicos, sobre todo de la niñez campesina ha despertado poco interés entre los científicos. Los padres suelen pedir disculpas a los fuereños por tener hijos tan cerriles. Sin lugar a dudas, la infancia cerril es diferente a la urbana desde la hora del nacimiento. En el campo se nace con más facilidad que en la urbe, pese a la falta en aquel de sanatorios y asistencia médica. Los recién nacidos fuera de la ciudad son criaturas que maman la ubre materna por más tiempo que las ciudadinas. Los niños crecen al haz de la tierra. La niñez campesina acorta la distancia entre ella y las otras especies del reino animal. Humaniza de mil modos a las bestias y apoda a sus compañeros con nombres sacados de la zoología. El pequeño campesino vive en el seno de la naturaleza y es su contendiente activo en la guerra biológica. Sufre invasiones de amibas, lombrices y piojos y acosa, primero a puñetazos y pedradas, y después con resorteras, a lagartijas, serpientes, aves y toda especie de bichos propios de su ecosistema. La vida natural de la infancia agreste es uno de los elementos definidores de lo rural.

También se distingue lo rústico de lo urbano por la más estrecha relación con los ecosistemas de la gente adulta de las zonas agrarias. Los habitantes de urbes situadas en la costa, o a la orilla de un gran río o en una planicie baja o en un altiplano no son distinguibles entre sí por la mera ubicación de sus respectivas ciudades. A los rústicos, en cambio, les sale a la cara su pertenencia al mar, a la costa, al cauce de los ríos, el pantano, al desierto, a la pradera, al bosque o a la montaña. La gran mayoría de los campesinos mexicanos se comportan como labrantines o como vaqueros según sean de valles como éste de Zamora o de tierras onduladas como el Jalmich de donde vengo. Quiéralo o no, la gente de campo se parece al ecosistema que lo envuelve aunque esté en la edad de pleno uso de la razón, en la edad de fuga y rechazo de la naturaleza en torno. El hombre de campo siempre trae tierra pegada a sus extremidades y huele a pez, a yerbas y a vacuno, pues vive en estrecho contacto con su costa, su pradera o sus montañas y baila al son de las estaciones más entrañablemente que los ciudadanos.

La relación del rústico con la naturaleza llega a su plenitud en la tercera edad. Algunos campesinos viejos pueden decir, como el can de campo de Azorín: "No hay nada como tomar el sol en plena campiña o como

dormitar en verano a la sombra de un árbol. Para mí, es el cielo; para mí las montañas azules; para mí las aromas de los henos; para mí el aire fino y sano; para mí las aguas delgadas y cristalinas... No doy el campo y sus placeres por nada. Mi vida discurre sin sobresaltos ni congojas... Os repito: no hay nada como la paz, el silencio y la sanidad del campo". El aspecto sublime del modo de existencia rural es bien conocido de algunos urbanícolas que tratan de disfrutarlo ya a la manera jipi, o simplemente haciendo camping, o volviendo a vivir al terruño como comienzan a hacerlo tantos añosos aburridos de la ciudad, o como lo practican algunos profesores de oriundez urbana que se retiran a escribir sus obras otoñales en la paz de los pueblos y los campos, en relativa paz, pues la existencia rústica presenta también rostros deformes como

La economía agrícola

y la propiedad agraria. Si ser mero habitante del campo es una dicha, ser trabajador del campo es todo lo contrario, sólo soportable si se consigue ser empresario e insoportable si no se logra salir de la condición de bracero. También definen lo rural una larga serie de penalidades. El niño de ciudad de hoy sólo tiene que padecer a los maestros y las tareas escolares. El niño de las sociedades rurales, sufre, además, a sus amos y el trabajo infantil. El pequeño campesino es feliz mientras no se trasponen los límites de la recolección, la caza y la pesca. Desgraciadamente muy pronto deja de robarse las frutas del huerto ajeno, se retira de la cacería de huilotas y abandona la captura de mojarras. Antes de que a los niños les cambie la voz y les salga el bozo y a las niñas les broten ciertas protuberancias, aquellos deben asumir el papel de alzadores o becerreros, y éstas, de fregonas. Quién no sabe que la infancia campesina toma parte en las actividades lucrativas sin obtener lucro o sólo una ganancia mínima.

Pero tampoco los adultos de las sociedades rurales ganan gran cosa, salvo quienes cultivan y exportan vegetales muy apreciados fuera de México como la marihuana. En realidad, la economía agrícola hace muy pocos ricos felices. En este terreno, tan estudiado, todos son líos. Si usted se pone al habla con un agricultor grande le cuenta la rapidez con que se reducen las zonas de cultivo por culpa de la erosión y por el crecimiento de las verrugas urbanas; le habla del decreciente fruto de la tierra a causa de los

plagidas y las aguas contaminadas; se pone nervioso por la inseguridad de las cosechas, las enfermedades del ganado, los deficientes e injustos cauces de comercialización y la poca efectividad de las políticas agrarias. Los pequeños agricultores y ganaderos hablan de que cada vez se puede ahorrar menos, de que los negocios campestres sólo dan para comer, de la corrupción del Banco de Crédito Rural y de que el gobierno sólo piensa en el cobro de contribuciones cada vez más altas. Los supuestamente hijos predilectos del gobierno, los ejidatarios, aunque mejor que antes del reparto, están muy lejos de vivir en jauja; tienen que agregar a la ya de por sí penosa siembra de la milpa, el ejercicio de alguna artesanía para vivir muy pobremente, sin comer carne ni soñar en camioneta, apenas con lo suficiente para malvestirse, comprarse su radio de transistores y correr el riesgo de pasar la alambrada o el río de la frontera norte. A veces la única felicidad de ejidatarios y minifundistas es la de ver a otros más pobres que ellos, tan miserables que ni siquiera tienen para el coyote que los introduzca a los Yunaites o para la mudanza que los lleve con todo y chivas a México, Guadalajara o Monterrey. Los obreros agrícolas de ahora, antes peones, viven generalmente en el nivel de la miseria.

Los negocios del campo no sólo son distintos a los de la ciudad por su carácter agropecuario, por ser eso que llaman agricultura, ganadería y artesanía rural, también por inseguros, pesados, poco lucrativos y sin término o jubilación. Fuera de las grandes empresas agrícolas y de algunos agricultores y ganaderos de la medianía, la gran masa de los campesinos rara vez puede jubilarse de los penosos trabajos y disfrutar de las delicias del campo. La falta de jubilación de los trabajadores rústicos debiera ser una de las preocupaciones máximas de los estudiosos y de los políticos interesados en la vida rural. Una vez realizada la reforma de

La tenencia de la tierra,

hecha la reforma agraria, debería emprenderse la reforma laboral en el campo que haga más soportables las labores agrícolas, que excluya a niños y adolescentes de esas pesadas tareas y que permita a los viejos el pleno disfrute de la naturaleza. Ya se ha conseguido humanizar la lucha por la tierra, que no la labranza de la misma. Esto no quiere decir que se haya resuelto *per saecula saeculorum* el problema de la propiedad agraria. Todavía cabe definir al campesino como alguien que se amarga la vi-

da por el demonio rural. La existencia rústica es un saco de riñas; por mogote sin escritura, por la distribución de la tierrita dejada en herencia, por el minifundio regalado al agrarista, por el pasto comido por los animales dañeros de la gente de los alrededores y por tantas cosas más. Francamente, nada desvela tanto a los campesinos como la posesión de terrenos y animales. Incluso ahora que cunde en el campo el espíritu capitalista, el deseo de acumular símbolos monetarios, sigue lanza en ristre la manía de poseer tierras. En la noción de comunidad rural está implícito el régimen de tenencia de la tierra.

En México existen muchos modos de poseer los espacios campestres, de repartirse la propiedad rústica, de usar y de abusar del suelo. Todavía hay extensiones baldías que empezarán a ser codiciadas por muchos cuando alguien las codicie. Se da en pequeña escala la plantación a lo yanqui, con terrenos arrendados por empresas agrícolas productoras de algodón y caña de azúcar. Subsisten algunos latifundios o haciendas en poder de poderosos y de quienes supieron sobornar a los agentes del reparto agrario. Aún quedan en los nortes y en el trópico húmedo grandes estancias de ganado mayor. Pero ahora lo predominante en el agro mexicano son el ejido, la pequeña propiedad y la milpa que por acá se llama ecuaro, y en todas partes, minifundio. El ejido, como nadie ignora y nadie dice, es un conjunto de brevísimas parcelas poseídas como propiedad privada, con derecho a la renta pero no a la venta. La pequeña propiedad se puede vender, pero también puede ser expropiada por algunos agentes de la Secretaría de la Reforma Agraria que no hayan sido recompensados por el dueño del parvifundio. El minifundio suele estar libre de toda amenaza gubernamental y asegurada contra cualquier forma de enriquecimiento, salvo la derivada de los tesoros ocultos que todo campesino busca, y uno de cada millón, descubre.

Muchos consideran tontería la obsesión de los rancheros por poseer tierras que rinden muy poco y son fuente de mil desavenencias y desvelos. Sin embargo, en el ambiente rural la casi única manera de sobresalir, de ser tenido en más, de convertirse en persona respetable y respetada es la de ser propietario de tierras de labor y agostaderos. Todavía es la propiedad rústica la que determina la clasificación de los campesinos, las clases en la sociedad rural de las que tanto se ha escrito a partir de Rodolfo Stavenhagen. Más allá de las goteras de la urbe también hay individuos de la alta, no por ricos o por tener un alto cargo o por ostentar un doctorado,

simplemente por ser dueños de rancho de regulares proporciones o de una buena ganadería. Con todo, a veces se alcanza la hegemonía social, se consigue ser cabeza de ratón, se mejora el status por el simple hecho de provenir de una familia buena y vieja en el lugar o por tener una profesión estimable como la de sacerdote o médico, que no la de agrónomo y menos la de profesor de escuela. En el campo se sube por escaleras distintas a las de la ciudad y una de ellas es la que recibe el nombre de

La familia ranchera,

la misma que ha popularizado la cinematografía mexicana a partir de *Allá en el Rancho Grande*. Según los guardianes de la moralidad pública es la familia ranchera o pueblerina el ángulo más apreciable del polígono hexagonal que es el modo de vivir rústico. Según los moralistas, ninguna organización del campo es tan vivificante como la familiar, por la fuerza de los lazos que unen a todos los miembros de la familia, por el carácter casi monogámico, por la abnegación femenina, por la tendencia al patriarcalismo y por el culto a los antepasados. Por lo que parece, es bueno ser hijo, padre y abuelo de familia rural, aunque no tan satisfactorio el ser hija y madre. El oriundo del agro quizá no reciba muchos mimos, pero está menos expuesto al desamparo, a la orfandad o a la mudanza de alguno de los padres que los hijos de la urbe. Quizá el síndrome de Caín sí es típicamente rural. Quizá Antonio Machado estaba en lo justo cuando dijo: “Mucha sangre de Caín tiene la gente labriega/ y en el hogar campesino armó la envidia pelea”. La buena familia ranchera no siempre produce buenos hermanos.

En general, de padres mejores. Los matrimonios se hacen en plena edad romántica, en la aurora de la juventud. Se mantienen unidos de por vida aunque no con tanta frecuencia como antes dizque por las fugas periódicas de los braceros hacia los Estados Unidos y por el mal ejemplo que dan las familias que proyecta el cine y la televisión. Procrean muchos hijos aunque cada vez menos y no por creer que una familia chica vive mejor. Entre ambos crían a la prole, si bien la madre lo ejecuta con mayor esmero y cariño. El síndrome machista quizá no sea mayor en el campo que en la ciudad, pero seguramente los sentimientos de honor y vergüenza sí son más comunes en los paterfamilias pueblerinos. Los clásicos creían que los

padres rústicos eran más varoniles, más guerreros y más protectores de su casa y su hacienda que los urbanos.

La institución del abuelo ha echado más raíces en el campo que en la ciudad. Generalmente en ésta el abuelo pasa si no al asilo de ancianos, sí al encierro en su propia casa. En el ambiente rústico puede jefaturar una gran familia. Acá sobrevive con suficiente vigor la familia patriarcal. Con algunas familias patriarcales, unidas entre sí con lazos de consanguinidad o de compadrazgo, se sigue formando una sociedad rural. Esta es como un auténtico multifamiliar, un organismo cuasi biológico, que no una simple suma mecánica de individuos. Un panal campestre a la mexicana, un municipio pequeño, un terruño o tentáculos y con ventosas llamadas rancherías. Lo demás es el pueblo de dos mil a doce mil habitantes que se reúnen los domingos y los días de borlote en una plaza bordeada por la iglesia y sus campanarios, el palacio municipal, las tiendas mejor surtidas y las casas grandes de las familias viejas. Lo demás en un pueblo son las viviendas de las familias ordinarias, las calles tiradas a cordel y una administración municipal que llamaremos, con Roberto Varela

La pequeña política

para evitar la confusión con la política internacional, nacional y regional, no porque sea una política de niños. Como lo sabe muy bien Rafael Segovia, el interés infantil por la política es baja en las ciudades mexicanas y bajísimo en las sociedades rurales. A los pequeños campesinos todavía se les prohíbe hablar de asuntos relacionados con el gobierno. Hace cosa de medio siglo que defendía en el recinto escolar de mi pueblo la expulsión de Calles ordenada por don Lázaro. El maestro me oyó, se puso rojo de rabia y fue a contarle a mi papá que había cometido casi un crimen, que hablaba de asuntos políticos con mis compañeros. Mi padre me reprendió y me hizo caer en cuenta de los peligros que podía acarrearle a una familia si se hablaba del gobierno sin la cautela que sólo se da en algunos mayores. Mi padre, como todos los campesinos de este país, estaba seguro de que el gobierno era “lo otro”, el enemigo mayor de la gente humilde y sencilla del campo y así seguiría siéndolo mientras no se pusiera en obra la revolución maderista, que peleaba por un gobierno escogido por todos, no únicamente por los políticos.

Si la niñez de los ranchos es apolítica, la gente grande no es mucho

menos. Supongo que es un lugar común lo dicho por Varela: “La abstención de los campesinos en las votaciones es sumamente alta aunque en los recuentos oficiales es sumamente baja”. Sin embargo, Varela no cree que el desinterés político del campesinado sea inherente a su condición rural. “La supuesta apatía con que se quiere caracterizar el comportamiento político de los campesinos es, según él, solamente una suposición: se da activa participación cuando se puede hacerlo, no cuando es imposible”. De hecho, en ninguna sociedad campesina se vive en el cero político. En todos lados se cuecen habas y hay muchos suspirantes del poder. Dondequiera pululan los “políticos locales, priístas de nombre y no priístas del todo, que utilizan el PRI para obtener el cargo, ya que no tienen otra alternativa”. Se trata generalmente de un grupo de ricachones manipulado desde el gobierno estatal, pero que se sirven del gobierno del municipio para defender sus intereses de los cobros de la hacienda pública y de la rigidez de la justicia apegada a la ley y no a la costumbre.

En el campo, al lado de la autoridad intrusa suele haber una autoridad de otro orden. Como en los pueblos subsiste la creencia de que el diablo sabe más por viejo que por diablo, se tiende a privilegiar la autoridad de los viejos; la gente se inclina al patriarcado. En muchas comunidades rústicas se distingue aún el viejo cacique que naturalmente influye en la conducta de sus coterráneos, sin estar en posesión de poderes formales. En algunas comunidades agrarias poco o nada atractivas para el gobierno del estado o de la federación, el viejo cacique designa a las personas que han de encargarse de la administración municipal y toma decisiones de interés público. En fin, los aspectos de la vida rústica son incumbencia de los hombres de la tercera edad: la pequeña política de los pueblos y su gran sabiduría. En la niñez campesina es en donde luce con máxima plenitud la cara naturalista del mundo rural, pero corresponde a los viejos el mantener lustrosa la cara opuesta denominada habitualmente

Sabiduría campesina

o folklore, que es un depósito de creencias nada desdeñable. Ortega y Gasset llegó a decir: “Yo que soy profesor de la universidad, necesito de la colaboración de los pensamientos aldeanos”, y Antonio Machado se admira de “lo mucho que ellos saben y nosotros ignoramos” y también de lo poco que les importa a los campesinos “conocer cuanto nosotros

sabemos”. Sin embargo, quizá por el influjo de la televisión y de la escuela, cada vez se urbanizan más. Con todo, mantienen la costumbre de la crianza o educación que corre a cargo de los padres, dura un decenio como mínimo y consiste en una serie de cursos que comienzan a impartirse al día siguiente de nacer. Antes de cumplir el primer año el niño debe sonreír, saludar y saber dónde está Dios. Luego vienen los cursos de las prohibiciones en los que aprende el infante lo que no debe hacer. Enseñada se infunden las tradiciones que hacen de un niño todo un hombrecito y de una niña una mujercita hacendosa. A esta altura intervienen hoy dos instancias que se autoconsideran superiores: la escuela y el catecismo; una gubernamental y la otra eclesiástica. La enseñanza escolar es generalmente opuesta a la crianza y la catequística coadyuvante de la paterna.

El campesino adulto asume principalmente los valores transmitidos por sus padres y las catequistas, lo que no quiere decir que sea reacio a todas las novedades. No todo es conservadurismo en el campo. La sociedad rural de hoy acude al médico, pero también a su sabiduría arbolaria y al curandero; acepta la indumentaria de moda pero no prescinde del traje de luto; come el pan Bimbo, pero no se apea de sus tortillas y tamales; bebe coca-cola, pero también atole y tecitos. El campesinado tiene en mucho sus valores morales. En demasiadas cosas se siente inferior a los urbanos, pero considera muy superior las virtudes morales del campo y del pueblo. También tiene a mucho orgullo sus creencias y prácticas religiosas. Al parecer, el campesino es religioso por naturaleza; en cambio suele faltarle el sentido crítico propio de la tesitura científica. Lo dicen azorados los antropólogos: “El hombre agreste es capaz de creer las cosas más absurdas desde el punto de vista científico y desconfía de muchos saberes bien fundados”. En lo que ve al arte, prefiere al que imita a la naturaleza, y por lo que toca a la literatura, ama los dichos viejos y escucha atónito la oratoria tronante.

Es característico de la vida campestre la escasez de habla en niños y adultos y la abundancia expresiva de la tercera edad. Una nota imprescindible en una fenomenología de lo rústico es la del viejo sentado que repite dichos y proverbios, esas cápsulas donde se guarda la sabiduría rancheña; repele, con argumentos insostenibles, muchas de las noticias e ideas traídas al pueblo por periódicos, radio y televisión; narra una y otra vez sus proezas juveniles; insiste en las excelencias del clima local, seguramente

superior a cualquier otro; predica el apego a las propias costumbres y rememora, sin cuidarse mayormente de la exactitud, los nombres de quienes fundaron el pueblo, la manera como se trazaron las primeras calles y casas, los crímenes más sonados, las intervenciones fuereñas (es decir, las gubernamentales), los milagros, las apariciones de difuntos y de Satanás, el uso viejo y el cómo se pasó de lo antiguo a lo actual.

Indudablemente las sociedades rurales hoy no se comportan como las de ayer. En todas ellas y en todos los tiempos se ha infringido el uso antiguo. No todo es tiempo circular en la vida campestre. Acá también nacen, perduran y desaparecen usos, ideas y costumbres, aunque a menor velocidad que en las congregaciones urbanas. En el agro también se da la aceleración histórica. Tal vez por culpa de las presiones citadinas, y especialmente por las agencias gubernamentales instaladas en el medio rústico (oficinas y escuelas) y por lo que propala la prensa, la radio y la televisión, las transfiguraciones campesinas de los últimos años han sido más notorias y rápidas, más aceleradas que en el estilo de vida urbano. Esa velocidad en la mudanza y la creciente delgadez de los núcleos campesinos ha hecho pensar a los mensajeros de catástrofes que el modo de existencia rural está moribundo. También puede pensarse que su actual carrera en pos del confort y los excedentes de grasa que ha mandado a las ciudades recientemente le auguran muchos y fecundos siglos. La modernización no logrará ahorcar a la antiquísima rustiquez. La bomba atómica, sí.

Así termino este índice de temas que es susceptible de mucho mayor desarrollo pero que pudo también haberse reducido a una frase: lo agrario, lo campestre o rústico es un modo de existencia humana, opuesto al citadino y tan correoso como él, donde conviven la apacible vida al natural, la dura economía agrícola, los eternos pleitos por la pertenencia de la tierra, las familias grandes, los patriarcas caciques y un folklore que produce dichos, maledicencia envidiosa, rezos, canciones, historia recordada, cohetes y balazos.